



OSCAR WILDE

## EL CRIMEN DE LORD ARTURO SAVILLE

### I

Era la última recepción que daba Lady Windermere antes de comenzar la primavera.

Bentinck House estaba más concurrida de invitados que nunca.

Vinieron directamente seis miembros del Gabinete, una vez terminada la interpelación del orador, con todas sus condecoraciones y sus grandes bandas.

Las mujeres bonitas lucían sus vestidos más elegantes, y, al final de la galería, estaba la princesa Sofía de Carlsrúe, una señora robusta, de tipo *tártaro*, con unos ojillos negros y unas esmeraldas maravillosas, hablando con voz muy aguda en mal francés y riéndose desmesuradamente de todo cuanto le decían.

Realmente, veíase allí una singular mezcla de personas: altivas esposas de caballeros del reino conversaban cortésmente con violentos radicales. Predicadores populares se codeaban con célebres *escépticos*. Toda una banda de obispos seguía, como en una pista, a una arrogante prima donna de salón. En la escalera agrupábanse varios miembros de la

Real Academia, disfrazados de artistas, y dicen que el comedor se vio por un momento lleno de genios.

En una palabra: era una de las mejores veladas de Lady Windermere y la princesa se quedó hasta cerca de la medianoche.

Inmediatamente después de su partida, Lady Windermere volvió a la galería de cuadros, en la que un famoso economista explicaba, con aire solemne, la teoría científica de la música a un indignado “virtuoso” húngaro.

Se puso a hablar con la duquesa de Paisley.

Lady Windermere estaba maravillosamente hermosa, con su espléndida garganta de un color marfileño, sus grandes ojos azules, color turquesa, y los espesos bucles de sus cabellos de oro. Cabellos de oro puro, no como esos de un tono pajizo pálido, que toman hoy en día la bella denominación del oro; cabellos de un oro como tejido con rayos de sol o bañado en un ámbar extraño; cabellos que encuadraban su rostro como en un *nimbo* de santa, la fascinación de una pecadora.

Ofrecía un curioso estudio psicológico. Desde muy joven descubrió en la vida la importante verdad de que nada se parece tanto a la ingenuidad como el atrevimiento, y, por medio de una serie de escapatorias despreocupadas, inocentes por completo la mitad de ellas, adquirió todas las ventajas de una personalidad.

Había cambiado varias veces de marido. En la Guía Nobiliaria aparecían tres matrimonios a su crédito, pero como no cambió nunca de amante, el mundo había dejado de murmurar a cuenta suya desde hacía mucho tiempo.

En la actualidad contaba cuarenta años, no tenía hijos y poseía esa pasión desordenada por el placer y el ocio que constituyen el secreto de los que han permanecido jóvenes.

De repente miró con curiosidad a su alrededor y dijo, con voz clara de contralto:

-¿Dónde está mi *quiromántico*?

-¿Su qué, Gladys? –exclamó la duquesa con un estremecimiento involuntario.

-Mi *quiromántico*, duquesa. No puedo vivir ya sin él...

-Querida Gladys, usted siempre tan original –murmuró la duquesa, intentando recordar lo que era, en realidad, un *quiromántico*, y confiando en que no podía ser, de ningún modo, lo mismo que un pedicuro.

-Viene a verme la mano dos veces por semana, con regularidad – continuó lady Windermere, y le interesó muchísimo.

“¡Dios mío! –pensó la duquesa-. Debe ser una especie de manicuro. ¡Es verdaderamente terrible! En fin, supongo, por lo menos, que será un extranjero. Así no resultará tan desagradable.”

-Tengo que presentárselo.

-¡Presentármelo!- exclamó la duquesa-. ¿Quiere usted decir que esta aquí?

Recogió su abanico de carey y su chal de encaje antiquísimo, como preparándose a huir a la primera alarma.

-Claro que está aquí. No podría ocurrírseme dar una reunión sin él. Me dice que tengo una mano puramente psíquica, y que si mi dedo pulgar hubiese sido un poquito más corto, sería yo una pesimista de convicción y estaría recluida en un convento.

-¡Ah, sí!- respondió la duquesa, más tranquila-. Dice la buenaventura, ¿no es eso?

-Y la mala también –respondió lady Windermere-, y muchas cosas por el estilo. El año próximo, por ejemplo, correré un grave peligro, en tierra y por mar a la vez. De manera que tendré que vivir en globo, haciéndome subir la comida en una cestita. Todo está escrito aquí sobre mi dedo meñique o en la palma de mi mano, ya no recuerdo bien.

-Pero realmente eso es tentar al cielo, Gladys.

-Mi querida duquesa, el cielo puede resistir seguramente las tentaciones de estos tiempos. Creo que cada uno debería leer en su mano una vez al mes, con el fin de enterarse de lo que le está vedado. Si no tiene nadie la amabilidad de ir a buscar a mister Podgers, iré yo misma.

-Permítame que me encargue de ello, lady Windermere- dijo un joven apuesto que estaba presente y que seguía la conversación con una sonrisa divertida.

-Muchas gracias, Lord Arturo, pero temo que no lo conozca.

-Si es tan extraordinario como usted dice, Lady Windermere, no podrá escapárseme. Dígame sólo cómo es , y dentro de un instante se lo traeré.

-¡Sea! No tiene nada de *quiromántico*. Quiero decir con esto, que no tiene nada de misterioso, nada *esotérico*, ningún aspecto novelesco, Es un hombrecillo gordo, con una cabeza cómicamente calva y unas grandes gafas de oro, un personaje entre médico de cabecera y abogado pueblerino. Lamento que sea así, pero no tengo yo la culpa. ¡Es tan fastidiosa la gente! Todos mis pianistas tienen el tipo exacto de los pianistas, y todos mis poetas, el de los poetas. Recuerdo que el año pasado invité a cenar a un espantoso conspirador, hombre que, según se decía, había derramado la sangre de mucha gente, y llevaba siempre una *cota de mallas* y un puñal escondido en la manga de la camisa. Pues bien: sepan ustedes que tenía el aspecto de un buen sacerdote viejecito. Durante toda la noche se mostró chispeante. En realidad, estuvo muy divertido, encantador, pero yo me creía cruelmente desilusionada. Cuando le pregunté por su *cota de mallas*, se contentó con reírse, y me respondió que era demasiado fría para llevarla en Inglaterra... ¡Ah, ya está aquí mister Podgers! Bueno; desearía, mister Podgers, que leyese usted en la mano de la duquesa de de Paisley...

Duquesa, ¿quiere usted sacarse el guante?... No, el de la izquierda; no... el otro...

-Mi querida Gladys, realmente no creo que sea esto del todo correcto – dijo la duquesa quitándose, como a la fuerza, un guante de piel bastante sucio.

-Lo que es interesante no es jamás correcto – agregó Lady Windermere-. El mundo es así. Pero tengo que presentarla, duquesa: mister Podgers, mi *quiromántico* favorito; la duquesa de Paisley... Como diga usted que tiene un dedo meñique más desarrollado que el mío, no volveré a creer en usted.

-Estoy segura, Gladys, de que no habrá nada de eso en mi mano- dijo la duquesa.

-Vuestra gracia está en lo cierto –contestó mister Podgers, echando un vistazo sobre la manecita regordeta, de dedos cortos y cuadrados-. El dedo meñique no está desarrollado. Sin embargo, la línea de la vida es excelente. Tenga la amabilidad de doblar la muñeca... gracias... Tres rayas clarísimas sobre la línea de la juntura de la mano con el brazo... Vivirá usted mucho, duquesa, y será feliz... Ambición muy moderada, línea de la inteligencia sin exageración, línea del corazón...

-Sea usted discreto sobre este punto, mister Podgers – interrumpió Lady Windermere.

-Nada sería tan agradable para mí – respondió mister Podgers, inclinándose, si la duquesa diese lugar a ello; pero tengo el deber de anunciar que descubro una gran constancia en el amor, combinada con un sentimiento arraigadísimo del deber.

-Tenga usted la bondad de seguir, mister Podgers –dijo la duquesa, cuya mirada denotaba satisfacción.

Lady Windermere empezó a reír convulsivamente.

-La economía es cosa excelente –observó la duquesa con agrado-. Cuando me casé, Paisley poseía once castillos y no tenía una casa presentable donde se pudiera habitar.

-Y ahora es dueño de doce casas y no tiene ni un castillo –exclamó lady Windermere.

-¡Ah, querida...! –dijo la duquesa-. A mí me gusta...

-La comodidad –terminó mister Podgers- y los adelantos modernos y el agua caliente en todas las habitaciones. Vuestra gracia tiene perfecta razón. La comodidad es la única cosa que puede ofrecernos nuestra civilización.

-Ha descrito usted admirablemente el carácter de la duquesa, mister Podgers. Tenga usted la amabilidad de decirnos ahora el de lady Flora.

Y para corresponder a una señal de cabeza de la dueña de la casa, sonriente, una muchachita escocesa, de cabellos rojizos y de hombros alzados, se levantó torpemente del diván y mostró una mano larga y huesuda, con unos dedos aplastados en forma de *espátula*.

-¡Ah, ya veo que es una pianista! – dijo mister Podgers-, una excelente pianista y quizá una música extraordinaria, muy reservada, honradísima y dotada de un gran amor por los animales.

-¡Eso es verdad!- exclamó la duquesa volviéndose hacia lady Windermere. Absolutamente exacto. Flora posee dos docenas de potros en Macloskie y llenaría nuestra casa de Londres como un arca si su padre se lo permitiese.

-¡Pues eso es precisamente lo que hago yo los jueves por la noche! – replicó lady Windermere, echándose a reír-. Sino que yo prefiero los leones a los potros.

-Ése es su único error, lady Windermere – dijo mister Podgers con una inclinación reverente.

-Si una mujer no puede hacer deliciosamente sus errores, es una criatura infeliz – le respondió-; pero es preciso que lea otras manos... Acérquese, sir Thomas, y enséñele la suya a mister Podgers.

Y un anciano, de figura distinguida, que llevaba un frac, adelantóse y alargó al *quiromántico* una mano ancha y ordinaria, con el dedo de en medio muy largo.

-Naturaleza aventurera; en el pasado, cuatro grandes viajes, y uno en el futuro... Ha naufragado tres veces... No, dos veces solamente; pero está en peligro de naufragar en el próximo viaje. Conservador a fondo, muy puntual; acostumbra coleccionar curiosidades. Una enfermedad peligrosa entre los dieciséis y los dieciocho años. Ha heredado una gran fortuna hacia los treinta. Gran rechazo por los gatos y por los radicales.

-¡Extraordinario! –exclamó sir Thomas-. Debía usted leer también en la mano de mi esposa.

-De su segunda mujer –dijo tranquilamente mister Podgers, que seguía teniendo la mano de sir Thomas en la suya.

Pero lady Marcel, señora de aspecto melancólico, de cabellera negra y largas pestañas, se negó rotundamente a dejar revelar su pasado o su futuro.

A pesar de todos los esfuerzos, tampoco pudo conseguir lady Windermere que consintiera ni en quitarse los guantes mister Koloff, el embajador de Rusia.

En realidad, muchas personas temían enfrentarse con aquel hombrecillo extraño de sonrisa *estereotipada*, con gafas de oro y ojos brillantes como perlas, y cuando dijo a la pobre lady Fervor en voz alta y delante de todos que le preocupaba poquísimo la música, pero que la volvían loca los músicos, pensó la gente que la *quiromancia* es una ciencia que no se puede fomentar más que a solas.

Sin embargo, Lord Arturo Saville, que no estaba enterado de la desdichada historia de lady Fervor y que seguía con gran interés las palabras de mister Podgers, sentía mucha curiosidad por ofrecerle que leyese en su mano.

Como tenía cierta vergüenza en adelantarse, cruzó la habitación, y acercándose al sitio donde estaba sentada lady Windermere, y poniéndose colorado, lo cual le sentaba muy bien, le preguntó si creía que mister Podgers querría ocuparse de él.

-Ya lo creo que se ocupará de usted – dijo lady Windermere-. Para eso está aquí. Sin embargo, debo advertirle antes que se lo contaré todo a Sibila. Vendrá a merendar mañana conmigo, para hablar de moda, y si mister Podgers se encuentra con que tiene usted mal carácter, es propenso a alguna enfermedad o ha puesto piso a una mujer que viva en Bayswater no dejaré de decírselo.

Lord Arturo bajó la cabeza, sonriendo.

-No me asusto por eso – contestó-. Sibila me conoce tan bien como yo a ella.

-¡Ah! Me contraría un poco oírlo decir eso. La mejor base del matrimonio es una mala inteligencia mutua... Y no es que yo sea nada cínica. Tengo sólo experiencia, lo cual es, sin embargo, y con mucha frecuencia, lo mismo... Mister Podgers, lord Arturo Saville ansía mucho que le lea usted en su mano. No le diga que es el prometido de una de las muchachas más bonitas de Londres: hace ya un mes que el Morning Post publicó esta noticia.

-Mi querida lady Windermere – exclamó la marquesa de Jedburgh-, tenga la bondad de permitir a mister Podgers que se detenga aquí un minuto más. Está diciéndome que seré una estrella y esto me interesa muchísimo

-Si le ha dicho a usted eso, lady Jedburgh, no vacilaré en llamarlo. Venga inmediatamente, mister Podgers, y lea en la mano de lord Arturo.

-¡Bueno! – dijo lady Jedburgh haciendo un leve mohín, mientras se levantaba del diván-. Si no me está permitido aparecer en escena, supongo que no me estará prohibido formar parte del espectáculo

-Naturalmente. Vamos a asistir todos a la representación – contestó lady Windermere-. Mister Podgers, empiece usted y díganos algo bueno de lord Arturo, que es uno de mis más estimados favoritos

Pero cuando mister Podgers vio la mano de lord Arturo, palideció de un modo extraño, y no dijo nada.

Pareció recorrerle un escalofrió. Sus espesas cejas enmarañadas temblaron convulsivamente con aquella singular contracción tan irritante que lo dominaba cuando estaba nervioso.

Gruesas gotas de sudor brotaron entonces de su frente, como un rocío envenenado, y sus dedos carnosos se quedaron fríos y pegajosos.

Lord Arturo no dejó de notar aquellos signos extraños de agitación, y por primera vez en su vida tuvo temor. Su primer impulso fue escapar del salón, pero se contuvo.

Mejor era conocer la verdad, fuera lo que fuese, que permanecer en aquella incertidumbre.

-Estoy esperando, mister Podgers -dijo.

-Esperamos todos -gritó lady Windermere con su tono vivo, impaciente. Pero el quiromántico no contestó.

-Creo que Arturo va a terminar en la representación – dijo lady Jedburgh, y que, después de oír a lady Windermere, mister Podgers teme decírselo.

De pronto, mister Podgers dejó caer la mano derecha de Lord Arturo y le asió fuertemente la izquierda, doblándose tanto para examinarla, que la montura de oro de sus gafas pareció tocar la palma.

Durante un instante, su cara fue una máscara lívida de horror, pero recobró en seguida su sangre fría, y mirando a lady Windermere, le dijo con una sonrisa inventada:

-Es la mano de un muchacho encantador.

-Ciertamente –contestó lady Windermere-; pero ¿será un marido encantador? Eso es lo que necesito saber.

-Todos los jóvenes encantadores son como maridos lo mismo – repuso mister Podgers.

-No creo que un marido deba ser demasiado seductor – exclamó lady Windermere-. Pero lo que necesito son detalles; lo único interesante son los detalles. ¿Qué le sucederá a lord Arturo?

-Pues bien: dentro de unos días, lord Arturo emprenderá un viaje.

-Claro, el de su luna de miel.

-Y perderá un pariente.

-Confío en que no será su hermano –dijo lady Jedburgh.

-Ciertamente que no –respondió mister Podgers, tranquilizándola con un gesto-. Será un familiar lejano.

-¡Bien! Me siento cruelmente desilusionada –dijo lady Windermere-. No podré decirle nada mañana a Sibila. ¿Quién se preocupa hoy de los parientes lejanos? Hace ya muchos años que pasó esa moda. A pesar de lo cual, supongo que Sibila hará bien en comprarse un vestido de seda negra; ya saben ustedes que siempre podrá servirle para la iglesia. Y ahora vamos a tomar algo. Se habrán comido todo allá, pero aún encontraremos sopa caliente. Francisco preparaba antes un caldo excelente, pero ahora lo veo tan preocupado por la política, que nunca estoy segura de nada con él. Quisiera, realmente, que el general Boulanger, permaneciese tranquilo. ¡Duquesa, tengo la seguridad de que está usted fatigada!

-Absolutamente nada, mi querida Gladis – respondió la duquesa, yendo hacia la puerta-; me he divertido muchísimo. Flora, ¿donde podrá estar mi abanico de carey?...¡Oh, gracias, sir Thomas, mil gracias!...¿Y mi chal de encaje!... ¡Oh, gracias, sir Thomas es usted muy amable!

Y la digna señora terminó de bajar la escalera sin dejar caer más que dos veces su frasquito de perfume.

Entretanto, lord Arturo Seville permaneció de pie cerca de la chimenea, oprimido por el mismo sentimiento de terror, por la misma preocupación enfermiza de un incierto futuro.

Sonrió tristemente a su hermana cuando pasó a su lado, del brazo de lord Plymdale, preciosa, con su vestido de brocato rosa, guarnecido de perlas, y no prestó atención a lady Windermere, que lo invitaba a seguirla. Pensó en Sibila Merton, y a la sola idea de que podía interponerse algo entre ellos, se le llenaron los ojos de lágrimas.

Había vivido la vida delicada y lujosa de un muchacho bien nacido y rico, una vida exquisita, libre de toda inquietud ruin, una vida de una bella despreocupación infantil, y ahora, por primera vez, tenía conciencia del terrible misterio del Destino, de la terrible idea de la muerte. ¡Qué disparatado y qué monstruoso le parecía todo aquello!

Podría ser que lo que estaba escrito en su mano con caracteres que él no sabía leer, pero que otro descifraba, ¡fuese el atroz secreto de alguna culpa, el signo sangriento de algún crimen!

¿No había ninguna escapatoria?

Su razón se rebelaba contra aquel pensamiento; y sin embargo, sentía una tragedia suspendida sobre su vida, y que estaba destinado de repente a llevar una carga intolerable.

Los actores son por lo general personas dichosas; pueden elegir para representar la tragedia o la comedia, el sufrimiento o la diversión; pueden escoger entre hacer reír o hacer llorar. Pero en la vida real es muy diferente.

Infinidad de hombres y de mujeres se ven obligados a representar papeles para los cuales no están capacitados.

El mundo es un teatro, pero la obra tiene un reparto desigual.

De pronto, mister Podgers entró en el salón. Al ver a lord Arturo, se detuvo y su rostro tomó un color amarillo verdoso. Los ojos de los dos hombres se encontraron, y hubo un momento de silencio.

-La duquesa se ha dejado aquí uno de sus guantes, lord Arturo, y me ha pedido que se lo lleve dijo, por fin, mister Podgers-. ¡Ah, allí lo veo, sobre el diván...! ¡Buenas noches!

-Mister Podgers, no tengo más remedio que insistir en que me dé usted una respuesta inmediata, a una pregunta que voy a hacerle.

-En otra ocasión, lord Arturo. La duquesa me aguarda. Debo reunirme con ella.

-No irá usted. La duquesa no tiene tanta prisa.

-Las mujeres no acostumbran a esperar –dijo mister Podgers con una sonrisa temblorosa.

Los labios finos y como bruñidos de lord Arturo se plegaron con desdén.

La pobre duquesa le parecía de poca relevancia en aquel momento.

Atravesó el salón y fue al sitio donde se había detenido mister Podgers. Alargó su mano.



-Dígame lo que ve usted aquí. Dígame la verdad. Quiero saberla. No soy un niño.

Los ojos de mister Podgers tuvieron un vivo parpadeo tras sus gafas de oro. Se balanceó, con un aire turbado, sobre uno y otro pie, mientras sus dedos jugueteaban nerviosamente con la brillante cadena del reloj.

-¿Por qué cree usted, lord Arturo, que he visto en su mano algo más de lo que he dicho?

-Sé que ha visto usted algo más, e insisto en que me lo diga. Le daré un cheque de cien libras.

Sus ojos verdes relampaguearon durante un segundo, y luego volvieron a quedarse sombríos.

-¡Cien guineas! –dijo, finalmente, mister Podgers, en voz baja.

-Sí; cien guineas. Le enviaré un cheque mañana. ¿Cuál es su club?

-No pertenezco a ningún club. Es decir, no pertenezco en este momento, pero mis señas son... Permítame que le dé mi tarjeta.

Y, sacando del bolsillo interno una tarjeta de bordes dorados, mister Podgers la ofreció con un profundo saludo a lord Arturo, que leyó lo siguiente:

Mr. Septimus R. Podgers QUIROMANTICO 103 West Moon Street
---

-Recibo de diez a dieciséis –agregó mister Podgers – y hago rebaja a las familias.

-¡Dése prisa! – gritó lord Arturo, poniéndose muy pálido y tendiéndole la mano.

Mister Podgers miró a su alrededor con una ojeada nerviosa.

-La cosa durará un poquito, Lord Arturo. Mejor haría usted en tomar asiento.

-Dése prisa, caballero –gritó de nuevo Lord Arturo, impaciente, dando un violento golpe con el pie en el suelo encerado.

Mister Podgers sonrió y sacando de su bolsillo una pequeña lupa de aumento, se puso a limpiarla cuidadosamente con un pañuelo.

-Ya estoy completamente preparado- dijo.

## II

Diez minutos más tarde, lord Arturo, con la cara lívida de terror y los ojos enloquecidos de angustia, precipitábase fuera de Bentinck House.

Se abrió paso entre los lacayos, cubiertos de pieles, que esperaban en torno a la columna del gran pabellón.

Lord Arturo parecía no ver ni oír absolutamente nada .

La noche estaba helada, y los mechones de gas, alrededor de la plaza, centelleaban y vacilaban bajo los latigazos del viento, pero él sentía en sus manos un calor febril, y las sienes le ardían cual brazas.

Un agente de Policía lo miró con curiosidad al pasar, y un mendigo que salió del descanso de una puerta para pedirle limosna, retrocedió aterrado, viendo un infortunio mayor que el suyo.

En un momento dado, lord Arturo Saville se detuvo bajo un farol y se miró las manos. Creyó ver la mancha de sangre que las cubría y un débil grito escapó de sus labios temblorosos.

¡Asesino! ¡Estaba predestinado a cometer un crimen! Eso era lo que leyó el quiromántico. La noche misma parecía saberlo, y el viento enfurecido le zumbaba en sus oídos. ¡Asesino! Los rincones oscuros de las calles estaban llenos de aquella acusación. Gesticulaban ante sus ojos, en los tejados. Primero fue al parque, cuyo bosque sombrío lo atraía con fascinación. Se apoyó en las verjas con aire fatigado, refrescando sus sienes con la humedad del hierro y escuchando el silencio de los árboles.

-¡Asesino! ¡Asesino!- repitió, como si, por dirigirse de nuevo la acusación, pudiera ensombrecer el sentido de la palabra.

El sonido de su propia voz lo hizo temblar, y, a pesar de esto, casi deseaba que el eco recorriese y despertara de sus sueños a la ciudad dormida. Sentía impulsos de detener a alguien y contarle su desgracia.

Después vagó alrededor de Oxford Street, por callejuelas estrechas e ignominiosas.

Dos mujeres muy maquilladas se burlaron de él a su paso.

De un patio lóbrego llegó hasta sus oídos un ruido de insultos y de bofetadas, seguido de gritos penetrantes, y apretujados en montón, bajo una puerta húmeda y fría, vio las espaldas arqueadas y los cuerpos gastados de la pobreza y la vejez.

Lo sobrecogió un extraño sentimiento de piedad.

¿Aquellos hijos del pecado y de la miseria estaban predestinados a su suerte, como él a la suya? ¿Acaso no eran tan sólo, como él, las marionetas de un espectáculo monstruoso?

Y, sin embargo, no fue el misterio, sino la comedia del sufrimiento, la que lo conmovió con su inutilidad absoluta y su grotesca falta de sentido. ¡Qué incoherente y qué falta de armonía le pareció todo! Lo dejaba pasmado el desacuerdo que había entre el optimismo superficial de nuestro tiempo y los hechos reales de la existencia.

Era muy joven aún.

Al cabo de un rato se encontró frente a una iglesia de Marylebone.

La calle, silenciosa, semejaba una larga cinta de plata, moteada aquí y allí por los oscuros arabescos de sombras movedizas.

A lo lejos redondeábase en circulo la línea de los mecheros del gas vacilante, y delante de una casita estaba parado un coche de alquiler, solitario, cuyo cochero dormía en el pescante.

Lord Arturo se dirigió con paso rápido en dirección a la plaza de Pórtland, mirando a cada momento a su alrededor, como si temiera que lo siguiesen. En la esquina de Richy Street estaban parados dos hombres leyendo un anuncio en una cartelera.

Un extraño sentimiento de curiosidad lo dominó, y cruzó la calle hacia aquel lugar.

Ya cerca, la palabra “asesino”, en letras negras, hirió sus ojos.

Se detuvo y una oleada de rubor arrebató sus mejillas.

Era un aviso ofreciendo una recompensa a quien facilitase detalles que cooperasen al arresto de un hombre de estatura mediana, entre los treinta y los cuarenta años, que usaba un sombrero, de alas levantadas; una chaqueta negra y unos pantalones de dril rayado. Aquel hombre tenía una cicatriz en la mejilla derecha.

Lord Arturo leyó el anuncio, y después volvió a leerlo.

Se preguntó si aquel hombre sería detenido, y cómo se habría hecho aquella captura.

¿Quizás algún día su nombre se vería expuesto de igual manera en las paredes de Londres? ¿Quizás algún día pondrían precio a su cabeza?

Aquel pensamiento lo dejó horrorizado. Retrocedió y huyó en la noche. No sabía siquiera donde estaba.

Recordaba confusamente haber deambulado por un laberinto de casas pobres, perdiéndose en una gigantesca maraña de calles sombrías, y empezaba a puntear el alba cuando se dio cuenta, por fin, de que se hallaba en Piccadilly Circus.

Cuando pasaba por Belgrave Square se encontró con los grandes camiones de transporte que se dirigían a Covent Garden.

Los carreteros, con blusa blanca, de rostros agradables, bronceados por el sol, y de revuelta cabellera, apresuraban el paso, golpeando sus fustas y hablándose a gritos.

Sobre el lomo de un enorme caballo gris estaba montado un gracioso muchacho, con un ramito de primaveras en su sombrero de alas caídas, agarrándose con mano firme de las crines y riendo a carcajadas.

En la claridad matinal, los grandes montones de legumbres se destacaban como bloques de jade verde sobre los pétalos rosados de una flor fantástica.

Lord Arturo experimentó un sentimiento de viva curiosidad, sin que pudiese encontrar una explicación.

Había algo en la delicadeza del amanecer que se le figuraba de una inefable emoción, y pensó en todos los días que despuntaban en medio de la belleza y mueren en medio de la tormenta.

Aquellos hombres, rudos, con sus voces gruesas, llenos de buen humor y su andar perezoso, ¡qué Londres más extraño veían! Un Londres libre de los crímenes nocturnos y del humo del día; una ciudad pálida, fantasmagórica; una ciudad desolada, de tumbas.

Se preguntó lo que pensarían de ella y si sabrían algo de sus grandezas y de su vergüenza, de sus alegrías soberbias y tan bellas de color, de su hambre atroz y de todo cuanto se urde y se deshace en Londres desde el amanecer hasta el anochecer.

Probablemente, para ellos era tan sólo un depósito, un mercado, adonde llevaban sus productos para comerciarlos y en el que no permanecían más que unas horas, a lo sumo, dejando a su regreso las calles, todavía en silencio, y las casas aún dormidas.

Sintió un gran placer en verlos pasar.

Lord Arturo vio que habían vivido con la Naturaleza, y que ésta les enseñó la paz. Envidió todo lo que tenían de simples.

Cuando llegó al final de Belgrave Square, el cielo era de un azul lavado, y los pájaros empezaban a trinar en los jardines.

### III

Cuando se despertó Lord Arturo el sol del mediodía se filtraba a través de las cortinas de seda color marfil de su cuarto.

Se levantó y fue a mirar por el ventanal. Una vaga neblina de calor flotaba sobre la gran ciudad, y los tejados de las casas semejaban de plata oxidada.

Por el césped de la plaza de abajo se perseguían unos niños cual mariposas blancas, y las veredas estaban llenas de gentes que se encaminaban al parque.

Nunca le pareció la vida tan hermosa. Nunca le parecieron el mal y su patrimonio tan alejados de él.

En aquel momento, su mayordomo le trajo una taza de chocolate sobre una bandeja.

Después de bebérsela, pasó al cuarto de baño.

La luz se filtraba suavemente desde lo alto, a través de unas delgadas hojas de ónice transparente, y el agua, en la bañera de mármol tenía el brillo apagado de la piedra lunar.

Lord Arturo se sumergió en un instante hasta que las ondas frías rozaron su cuello y sus cabellos. Entonces metió bruscamente la cabeza dentro del agua, como si quisiera purificarse de la mancha de algún recuerdo infamante.

Cuando salió del agua sintióse casi en paz. El bienestar físico que había experimentado lo dominó, como sucede con frecuencia en las naturalezas de elevado temple, pues los sentidos, así como el fuego, pueden purificar o destruir.

Después de almorzar se acostó en un diván y encendió un cigarro.

Sobre la chimenea, adornada con un brocado antiguo finísimo, había una gran fotografía de Sibila Merton, tal como la vio por primera vez en el baile de lady Noël.

La cabeza, pequeña, de una forma delicada, inclinábase ligeramente a un lado, como si el cuello, delgado y frágil, al modo de una caña, pudiese apenas soportar el peso de tanta hermosura. Los labios estaban un poco entreabiertos, y parecían conformados para una suave melodía, y en sus ojos soñadores leíanse las sorpresas de la más tierna pureza original. Lucía un vestido de blanco crespón de China, con un gran abanico de plumas en la mano, parecía una de esas delicadas figurillas que el hombre ha encontrado en los bosques y había algo de la gracia griega en su gesto y en su actitud. Sin embargo ella no era tan menuda, estaba bien proporcionada. Ahora al contemplar la foto Lord Arturo sintió que lo invadía esa lástima nacida del amor. Se daba cuenta de que casarse con ella, sería una traición como la de Judas, un crimen peor que todos los que pensaron los Borgias.

¿De qué felicidad gozarían, cuando en cualquier momento podía ser llamado a ejecutar la espantosa profecía escrita en su mano? ¿Cuál sería su vida mientras el Destino mantuviese aquella terrible suerte en su balanza?

Era preciso retrasar el matrimonio bajo cualquier pretexto. Estaba completamente resuelto a ello.

Aunque amase ardientemente a aquella joven, aunque el solo contacto de sus dedos, cuando estaban sentados juntos, hiciese estremecer de exquisita felicidad todos los nervios de su cuerpo, no dejaba de reconocer cuál era su obligación, y estaba completamente convencido de que no tenía el derecho a casarse con ella mientras no llevara a cabo el asesinato.

Una vez cometido, podría presentarse ante el altar, con Sibila Merton y entregar su vida en manos de la mujer que adoraba, sin temor a obrar mal. Hecho esto podría abrazarla sabiendo que ella no tendría nunca que bajar la cabeza de vergüenza.

Pero antes tenía que “hacer aquello”, y cuanto antes lo realizara sería mejor para ambos.

Muchos, en su caso, hubiesen preferido el camino florido del placer a las cuestas escarpadas del deber; pero lord Arturo era demasiado escrupuloso para colocar el placer por encima de los principios.

En su amor había algo más que una simple pasión, y Sibila simbolizaba todo lo bueno y lo noble. De pronto sintió una repugnancia natural contra aquello por lo cual lo había señalado el destino, pero al poco tiempo esa

sensación desapareció. Su corazón le decía que no se trataba de un pecado, sino de un sacrificio; su razón le recordó que no tenía ninguna otra salida. Era necesario elegir entre vivir para él y vivir para los demás, y por espantoso que fuese, en realidad, la obligación que debía llevar a cabo, sabía, no obstante, que no debía permitir que el egoísmo venciera al amor, ya que más tarde o más temprano, cada uno de nosotros está llamado a resolver entre el deber y la conveniencia.

A lord Arturo se le planteó muy pronto este problema en la vida, antes de que corrompiese su carácter el cinismo, o antes de que lo corroyese el corazón del egoísmo frívolo o elegante de nuestra época. Y no dudó en cumplir su deber.

Afortunadamente para él, no era un simple soñador o un joven ocioso. De serlo, habría vacilado, como Hamlet, permitiendo que la duda destruyese su propósito. Pero era esencialmente práctico. Para él la vida constituía la acción antes que el pensamiento.

Poseía ese don tan raro entre nosotros que se llama sentido común.

Las sensaciones crueles y violentas de la noche anterior habían desaparecido, y pensaba, casi con un sentimiento de vergüenza, en su loca caminata, de calle en calle, en su terrible agonía emotiva.

La misma sinceridad de sus sufrimientos los hacía ahora pasar por inexistentes ante sus ojos.

Preguntábase cómo pudo ser tan loco para indignarse y sentirse tan fuera de sí contra lo inevitable.

La única cuestión que parecía preocuparlo era cómo llevaría a cabo su obra, pues no era tan ingenuo que negase el hecho de que el crimen, como las religiones paganas, exige una víctima y un sacerdote.

No siendo un genio, no tenía enemigos, y, por otro lado, entendía que no era ocasión de satisfacer un rencor o un odio personales; la misión de la que estaba encargado era de una grave y elevada solemnidad.

Por consiguiente, hizo una lista de sus amigos y de sus parientes en una hoja de su libreta, y después de minucioso examen, se decidió a favor de lady Clementina Beauchamp, una estimada señora de edad avanzada, que vivía en Curzon Street, y era prima segunda suya por parte de su madre.

Tuvo siempre un gran aprecio por lady Clem, como la llamaba todo el mundo, y como él era rico por sí mismo, pues entró en posesión de toda la fortuna de lord Rugby a su mayoría de edad, estaba descartado que le trajese a él ningún despreciable beneficio de dinero el fallecimiento de aquella parienta.

Realmente, cuanto más pensaba en el asunto, más veía en lady Clem la persona adecuada para cumplir con tal fin, y, pensando que todo aplazamiento era una mala acción con respecto a Sibila, decidió ocuparse inmediatamente de los preparativos.

Lo primero que debía hacer, indudablemente, era saldar cuentas con el quiromántico.

Así es como se sentó ante un escritorio, colocado frente a la ventana, y llenó un cheque de cien libras, pagadero a la orden de mister Septimus Podgers. Después lo metió en un sobre y ordenó a su criado que lo llevase a West Moon Street.

En seguida telefoneó a sus cocheros que enganchasen su cupé y se arregló adecuadamente para salir.

Antes de dejar la habitación, dirigió una mirada al retrato de Sibila Merton, jurándose que, ocurriera lo que ocurriese, no le diría nunca lo que iba a cometer por amor a ella, y que guardaría el secreto de su sacrificio en el fondo de su corazón.

De camino hacia el club de Buckingham, se detuvo en un puesto de flores, y envió a Sibila un ramo de narcisos, de lindos pétalos blancos y de pistilos parecidos a los ojos de un faisán.

Llegado al club, fue directamente a la biblioteca, tocó un timbre y ordenó al mozo que le trajese una limonada y un libro de toxicología.

Decidió, en definitiva, que el veneno era el instrumento que más le convenía adoptar para su fastidiosa tarea.

Nada le desagradaba tanto como un acto de violencia personal y, además, le preocupaba mucho no matar a lady Clementina con ningún medio que pudiese llamar la atención de las personas, pues lo horrorizaba la idea de convertirse en el hombre de moda en casa de lady Windermere, o de ver figurar su nombre en las columnas sociales de los periódicos.

Necesitaba tener en cuenta a los padres de Sibila, que, como pertenecían a un mundo un poco atrasado, podrían oponerse al matrimonio si se producía algo parecido a un escándalo, aunque estaba seguro de que, si les contara todos los incidentes del suceso, serían los primeros en comprender las causas que lo habían impulsado a actuar así.

Tenía, pues, varios motivos para decidirse por el veneno. Era inofensivo, seguro y silencioso. Actuaba sin necesidad alguna de escenas penosas, por las cuales sentía profundo rechazo, como muchos ingleses.

Sin embargo, no conocía nada absolutamente de la ciencia de los venenos, y como el mozo, por lo visto, no era capaz de encontrar nada en la biblioteca, fuera de la Ruffs-Guide y del Baily's Magazine, examinó por sí mismo los estantes, llenos de libros, y acabó por encontrar una edición, muy bien encuadernada, de la Farmacopea y un ejemplar de la Toxicología, de Erskine, editada por Mathew Reid, presidente de la Real Academia de Medicina y uno de los miembros más antiguos de Buckingham Club, para el que fue elegido por equivocación con otro candidato, contratiempo que molestó tanto al Comité, que cuando el personaje auténtico se presentó fue derrotado por unanimidad.

Lord Arturo se quedó confundido ante los términos técnicos utilizados en los dos libros.

Y comenzó a lamentar en no haber puesto mayor atención en el estudio de sus clases en Oxford, cuando en el segundo tomo de Erskine, halló una interesante y minuciosa descripción, sobre las propiedades de la aconitina. Era el veneno que necesitaba pues era rápido, eficaz, no producía dolor y cuando se ingería en forma de cápsula de gelatina no tenía desagradable sabor. Anotó la cantidad que era necesaria para una dosis fatal y abandonó el club. Se dirigió hacia el establecimiento de Pestle, famoso farmacéutico.

Mister Pestle, que atendía a la aristocracia, se mostró sorprendido por su petición, y con tono amabilísimo murmuró algo sobre la necesidad de una receta de médico. Sin embargo, no bien lord Arturo le explicó que era para dárselo a un gran perro danés, del cual se veía obligado a deshacerse, porque presentaba síntomas de hidrofobia y había intentado en dos ocasiones morder a su cochero, pareció completamente satisfecho, y después de felicitar a lord Arturo por sus profundos conocimientos de toxicología, hizo inmediatamente la preparación.

Lord Arturo colocó la cápsula en una linda bombonera de plata que vio en un escaparate de Bond Street, tiró la feísima caja de Pestle y se dirigió directamente a casa de lady Clementina.

-¿Qué hay, mala persona?- le gritó la vieja señora al entrar él en su salón. ¿Por qué no ha venido usted a verme en todo este tiempo?

-Mi querida lady Clem, no tengo tiempo para nada- contestó lord Arturo con una sonrisa.

-Supongo que querrás decir que te pasas los días con miss Sibila Merton, comprando “trapos” y diciendo tonteras. No acabo de entender por qué la juventud le da importancia al matrimonio. En mi tiempo, nunca soñamos con tanta charla y tanto estarse arrullando en público, ni aun siquiera en privado.

-Le aseguro que no he visto a Sibila desde ayer, lady Clem, por lo que sé, está visitando a su modista.

-Por supuesto, ésa es la única razón por la cual has venido a verme. Me pregunto cómo es posible que los hombres no tomen nota. Se han hecho varias locuras por mí y aquí me encuentro, un pobre ser reumático con mala salud. Bueno; pues si no fuese por esa querida lady Cansen, que me manda las peores novelas francesas que puede encontrar, no sé qué iba a ser con mi tiempo. Los médicos no sirven más que para sacar dinero de sus pacientes. Ni siquiera pueden curar mi enfermedad del estómago.

-Le traigo un remedio para ella, lady Clem –dijo gravemente lord Arturo. Es una medicina maravillosa, inventada por un americano.

-No creo que me gusten nada los inventos americanos. Estoy casi segura de que no me gustan. He leído últimamente varias novelas americanas, y eran verdaderamente tonterías.



-¡Oh!, esto no es ninguna insensatez, lady Clem. Le aseguro que es un remedio radical. Tiene usted que prometerme ensayarlo.

Y lord Arturo sacó de un boldillo la bombonera y se la obsequió a lady Clementina.

-Pero es preciosa esta bombonera, Arturo. Es un verdadero regalo. Eres amabilísimo... Y aquí está el remedio... parece completamente un bombón. Voy a tomarlo ahora mismo.

-¡Por Dios, lady Clem! –exclamó lord Arturo, deteniéndole la mano-. No haga usted eso nunca. Es una medicina homeopática. Si la toma usted sin tener dolor de estómago, le sentaría mal. Espere a tener un ataque y entonces recurra a ella. Se quedará sorprendida por el resultado.

-Me gustaría tomarla ahora – replicó lady Clem – estoy segura de que es deliciosa, aunque odio a los doctores me encantan los medicamentos. Sin embargo, lo guardaré para mi próximo ataque.

-¿Cuándo cree usted tenerlo? – preguntó con ansiedad lord Arturo - ¿Será pronto?

-Espero que no sea antes de una semana-. Pero una nunca sabe...

-¿Está usted segura, entonces, de padecer un ataque antes de fin de mes, lady Clem?

-Mucho me lo temo. ¡Pero cuánto cariño me demuestras hoy, Arturo! Realmente, la influencia de Sibila te es muy beneficiosa. Y ahora debes irte. Ceno con gente “gris”, con invitados que no tienen conversación bulliciosa, animada, y sé que si no duermo un poco antes, me será imposible permanecer despierta durante la cena. ¡Adiós, Arturo! Cariños a Sibila, y a ti un millón de gracias.

-¿No se olvidará usted de tomarlo, verdad, lady Clem? – dijo lord Arturo, levantándose de la silla.

-Claro que no me olvidaré. Encuentro muy bien que te preocupes por mí. Ya te escribiré diciéndote si necesito más cápsulas.

Lord Arturo Salió de la casa de Lady Clementina lleno de bríos y sintiéndose aliviado.

Aquella noche tuvo una conversación con Sibila Merton. Le dijo que se veía de pronto involucrado en una situación horriblemente difícil, ante la cual no le permitían retroceder ni su honor ni su deber. Agregó, asimismo, que era preciso postergar la boda, pues hasta que no estuviese librado de compromisos no recobraría su libertad.

Le rogó que confiase en él y que no dudase del futuro.

Todo marcharía bien, pero era necesario tener paciencia.

Cenaron como de costumbre en el invernadero de la casa de los Merton. Sibila nunca había parecido ser más feliz y por un instante lord Arturo se sintió tentado como un cobarde y escribir a lady Clementina que le devolviera la píldora, y dejar que el matrimonio se llevara a cabo como si en el mundo no existiese el tal mister Podgers. Sin embargo, su buen

criterio se impuso en seguida y no flaqueó ni al desplomarse Sibila, llorando, en sus brazos.

La belleza, que hacía vibrar sus nervios, despertó igualmente su conciencia. Comprendió que destruir una vida tan hermosa por anticipar un poco el placer era verdaderamente una mala acción.

Estuvo con Sibila hasta cerca de medianoche, consolándola y recibiendo consuelos por su parte, y al día siguiente, muy temprano, salió para Venecia, después de haber escrito a mister Merton una carta varonil y entera respecto del aplazamiento necesario del enlace.

#### IV

En Venecia se encontró con su hermano, lord Surbiton, que acababa de llegar de Corfú en su barco.

Los dos jóvenes pasaron juntos unas semanas espléndidas.

Por la mañana deambulaban por el Lido, o iban de un lado para otro, por los canales verdes, en su larga góndola negra. Por la tarde recibían visita a bordo del barco, y por la noche cenaban en Florian y fumaban innumerables cigarrillos en la Piazza.

A pesar de todo, lord Arturo no se sentía feliz. Todos los días leía la columna de defunciones en el Times, esperando encontrarse la noticia de la muerte de lady Clementina, pero siempre sufría una decepción.

Temió que le hubiese ocurrido algún percance, y sintió muchas veces no haberla dejado tomar la aconitina cuando ella quiso probar los efectos.

Las cartas de Sibila, aunque llenas de amor, de confianza y de ternura, tenían con frecuencia un tono melancólico, y a veces pensaba que se había separado de ella para siempre.

Al cabo de quinde días, lord Surbiton se cansó de Venecia y decidió bordear la costa hasta Rávena, pues oyó decir que había mucha caza en el Pinetum.

Lord Arturo, al principio, se negó terminantemente a acompañarlo, pero Surbiton, a quien quería muchísimo, lo persuadió, por fin, de que si seguía viviendo en el hotel Danieli se moriría de aburrimiento; y el día 15, por la mañana, zarparon con un fuerte viento nordeste y un mar algo agitado.

La travesía no fue agradable.

La vida al aire libre hizo resurgir los frescos colores en las mejillas de lord Arturo, pero a los veintidós días de navegaron volvieron a invadirle sus preocupaciones respecto de lady Clementina, y, a pesar de las objeciones de Surbiton, tomó el tren para Venecia.

Cuando desembarcó de su góndola, en los escalones del hotel. El gerente fue a su encuentro con un montón de telegramas.

Lord Arturo se los arrebató de las manos y los abrió, rasgándolos con brusco ademán.

¡Éxito total!

Lady Clementina había muerto repentinamente, por la noche, cinco días antes.

El primer pensamiento de lord Arturo fue para Sibila, y le envió un telegrama anunciándole su pronto regreso a Londres.

En seguida ordenó a su criado que preparase el equipaje para tomar el rápido de aquella noche, dobló la paga a sus gondoleros y subió por la escalera hasta su cuarto con un paso ligero y el corazón fortalecido.

Allí lo esperaban tres cartas.

Una de ellas, llena de amor, con un pésame muy sentido, era de Sibila; las otras eran de la duquesa, madre de Arturo, y del abogado de lady Clementina.

Parece que la anciana señora cenó con la duquesa la noche antes de su muerte. Encantó a todo el mundo con su gracia e ingenio, pero se retiró temprano, quejándose de dolor de estómago.

A la mañana siguiente, la encontraron muerta en su cama, sin que pareciese haber sufrido.

Se avisó entonces a sir Mathew Reid, pero ya era inútil, y fue enterrada en Beauchamp Chalcote, dentro del plazo legal.

Pocos días antes de su muerte elaboró su testamento. Dejaba a Lord Arturo su casita de Curzon Street, todo su mobiliario, su capital, su galería de cuadros, menos la colección de miniaturas que legaba a su hermana, lady Margarita Rufford, y su collar de amatistas, que destinaba a Sibila Merton.

El inmueble no valía mucho: pero mister Mausfield, el abogado, deseaba vivamente que viniese lord Arturo lo antes posible, porque había muchas deudas que pagar, y lady Clementina no pudo tener nunca sus cuentas al día.

A lord Arturo lo conmovió mucho aquel recuerdo de lady Clementina, y pensó que mister Podgers tenía que asumir parte de responsabilidad en aquel asunto.

Su amor por Sibila dominaba, sin embargo, cualquier otro sentimiento, y el conocimiento pleno de que había cumplido con su deber lo tranquilizaba, dándole ánimos.

Al llegar a Charing Cross, se sintió dichoso por completo.

Los Merton lo recibieron muy bien. Sibila le hizo prometer que no toleraría ningún obstáculo que se interpusiera entre ellos, y quedó fijado el casamiento para el 7 de junio.

La vida le parecía, una vez más, brillante y hermosa, y toda su antigua alegría renacía en él.

Sin embargo, un día mientras estaban en la casa de lady Clementina con su abogado y Sibila quemando cartas y vaciando cajones, de pronto la joven lanzó un grito de alegría.

-¿Qué has encontrado, Sibila? – dijo lord Arturo sonriendo.

-Esta encantadora bombonera de plata, Arturo. Era la caja que había contenido la píldora de aconitina. Lord Arturo se estremeció. Casi se había olvidado de lo que había hecho y le pareció una extraña coincidencia que fuese Sibila, por cuyo amor pasó todas aquellas angustias, la primera en recordárselas.

-Es tuya, desde luego. Fui yo quien se la regaló a lady Clem.

-¡Oh, gracias, Arturo! ¿Y este bombón que hay aquí? No sabía yo que le gustasen los dulces a lady Clementina; la creía demasiado intelectual.

Lord Arturo se puso intensamente pálido, y una idea horrible le cruzó por la mente.

-¡Un bombón, Sibila! ¿Qué quieres decir? – preguntó con voz ronca y apagada.

-Hay un bombón dentro; uno solo, ya rancio y sucio... ¿Qué te sucede, Arturo...? ¡Qué pálido estás!

Lord Arturo saltó de su silla y tomó la bombonera.

Allí estaba la píldora ambarina, con su glóbulo de veneno.

A pesar de todos sus esfuerzos, lady Clementina había fallecido de muerte natural.

La conmoción que le produjo aquel descubrimiento fue casi superior a sus fuerzas.

Tiró la píldora al fuego y se desplomó sobre un sillón con un grito desesperado.

## V

Mister Merton estaba muy contrariado por este segundo aplazamiento de la boda. Lady Julia que ya había encargado su vestido hizo todo lo posible para que Sibila rompiera su compromiso.

Pero aunque Sibila amaba a su madre, había entregado su vida a manos de lord Arturo y nada de lo que dijo su madre hizo torcer su voluntad.

En cuanto a lord Arturo, necesitó muchos días para reponerse de su cruel decepción, y por espacio de una temporada tuvo los nervios deshechos.

No obstante, recobró en seguida su excelente sensatez, y su criterio, sano y práctico, no lo dejó dudar durante mucho tiempo en la conducta a seguir.

Puesto que el veneno había fallado por completo, era preciso emplear la dinamita o cualquier otro explosivo de ese género.

Por consiguiente, buscó de nuevo la lista de sus amigos y parientes, y después de largas reflexiones, decidió volar a su tío el deán de Chichester.

Al deán, que era un hombre de gran altura y entendimiento, le encantaban los relojes. Tenía una colección que abarcaba desde el siglo XV hasta nuestros días... Parecióle a lord Arturo que aquel capricho del buen deán le proporcionaba una excelente ocasión para llevar a cabo sus planes.

Pero agenciarse una máquina explosiva era ya otra cosa.

El London Director no le daba ninguna indicación respecto de esto, y pensó que era imposible dirigirse a Scotland Yard para sus averiguaciones. Allí no se enteran nunca de los hechos y movimientos de los dinamiteros hasta que no ocurría una explosión. De pronto se acordó de su amigo ruso Rouvaloff de grandes tendencias revolucionarias a quien había conocido en casa de lady Windermere.

Se sospecha que el conde Rouvaloff estaba escribiendo la vida de Pedro el Grande y había venido a Inglaterra con la intención de buscar mayor información de la vida del zar en aquel país, pero todos sospechaban que era agente nihilista, y era evidente que la embajada rusa no veía con buenos ojos su presencia en Londres.

Lord Arturo pensó que aquélla era la persona que le convenía para sus propósitos, y una mañana de trasladó a su casa de Bloombury para pedirle opinión y ayuda.

-Al fin piensa usted en ocuparse seriamente de política – dijo el conde de Rouvaloff cuando lord Arturo le expuso el objeto de su visita.

Pero lord Arturo que detestaba las fanfarronadas, se creyó en la obligación de explicarle que las cuestiones sociales no ofrecían el menor interés para él, y que necesitaba un explosivo para un asunto puramente familiar y que no le interesaba a nadie más que a él.

El conde de Rouvaloff lo contempló durante un momento, lleno de asombro.

Después, viendo que hablaba completamente en serio, escribió una dirección en un papel, firmó con sus iniciales y se lo entregó a lord Arturo.

-Scotland Yard daría todo por conocer esa dirección, mi querido amigo.

-No la sabrán – exclamó lord Arturo, echándose a reír.

Y, después de estrechar calurosamente la mano del joven ruso, bajó las escaleras y mandó a su cochero que lo llevase a Soho Square.

Una vez llegado, lo despidió y siguió por Greek Street hasta llegar a una plaza que se llama Bayle's Court.

Al pasar por la arcada se encontró en un callejón sin salida que parecía estar ocupado por una lavandería francesa.

De una a casa a otra se extendía toda una red de cuerdas, cargadas de ropa blanca, que ondulaban con el aire de la mañana.

Lord Arturo fue directamente al final de este secadero y llamó a la puerta de una casita verde.

Después de una corta espera, durante la cual todas las ventanas del patio se llenaron de cabezas, que aparecían y desaparecían, abrió la puerta un extranjero, de aspecto bastante hosco, que le preguntó, en un malísimo inglés, qué deseaba.

Lord Arturo le mostró el papel que le había dado el conde de Rouvaloff.

No bien lo hubo leído, el individuo invitó a lord Arturo a entrar en una sala pequeña del piso bajo, que daba a la calle.

Pocos minutos después, un alemán de rasgos muy característicos, herr Winckelkopf, como lo llamaban en Inglaterra, entró apresuradamente en la sala, con una servilleta manchada de vino al cuello y un tenedor en la mano izquierda.

-El conde de Rouvaloff – dijo lord Arturo, inclinándose – me ha dado ese papel de presentación para usted, y deseo vivamente que me otorgue una breve entrevista para una cuestión de negocios, me llamo Smith..., Roberto Smith, y deseo que me proporcione usted un reloj explosivo.

-Encantado de recibirlo, lord Arturo – replicó maliciosamente el alemán, estallando de risa -. No me mire usted con esa cara de susto. Es deber mío conocer a todo el mundo, y recuerdo haberlo visto una noche en casa de lady Windermere. Espero que usted esté bien de salud. ¿Quiere usted venir a mi lado mientras termino de almorzar? Tengo un excelente pastel, y mis amigos son tan buenos que dicen que mi vino del Rhin es mejor que ninguno de los que pueden beberse en la embajada de Alemania.

Y antes de que Lord Arturo hubiese vuelto de su asombro, al verse reconocido, se encontró sentado en la sala del fondo, bebiendo a sorbitos un Marcobrunner de los más deliciosos, y charlando amistosamente con el famoso conspirador.

-Los relojes de explosión – dijo herr Winckelkopf – no son muy buenos artículos para exportar al extranjero, ni aun cuando se consigue hacerlos pasar en la Aduana. El servicio de trenes es tan irregular que, por regla general, detonan antes de llegar a su destino. A pesar de eso, si necesita usted uno de esos aparatos para uso doméstico, le proporcionaré un excelente artículo, garantizándole que ha de quedar satisfecho del resultado. Pero antes, ¿puedo preguntarle a qué piensa usted destinarlo? Porque si es para la Policía o para alguien que tenga que ver con Scotland Yard, lo siento muchísimo, pero no puedo hacer nada por usted. Los detectives son realmente nuestros mejores amigos. He comprobado siempre que, teniendo en cuenta su estupidez, podemos hacer todo lo que queramos.

-Le aseguro – replicó lord Arturo – que esto no tiene nada que ver con la Policía. Para que usted lo sepa: el mecanismo de relojería está destinado al deán de Chichester.

-¡Caramba, caramba! No podía yo imaginarme por lo más remoto que fuese usted tan exaltado en materia religiosa. Los jóvenes de hoy día no se ocupan de eso.

- Creo que me alaba usted demasiado, herr Winckelkopf – dijo lord Arturo, enojado-. El hecho es que soy un simple ignorante en teología.

-Entonces, se trata de un asunto meramente personal.

-Exclusivamente personal.

Herr Winckelkopf se encogió de hombros y salió del cuarto.

Unos minutos más tarde reaparecía con un cartucho redondo de dinamita, del diámetro de un penique, y un bonito reloj francés, rematado por una figura de la Libertad, pisando la hidra del Despotismo.

La cara de lord Arturo se iluminó viendo aquello.

-Eso es precisamente lo que necesito. Ahora, dígame usted: ¿cómo estalla?

-¡Ah, ese es mi secreto! – respondió herr Winckelkopf, contemplando su invento con una mirada orgullosa. Dígame usted únicamente cuándo desea que estalle, y regularé el mecanismo para la hora indicada.

-¡Bueno! Hoy es martes, y si puede usted mandármelo enseguida...

-¡Es imposible! Tengo mucho trabajo: una labor importantísima para unos amigos de Moscú.

-¡Oh, llegará todavía a tiempo si queda entregado mañana por la noche o el jueves por la mañana! En cuanto al momento de la explosión, fijémoslo para el viernes al mediodía. A esa hora, el deán está siempre en casa.

-¡El viernes al mediodía! – repitió herr Winckelkopf.

Y tomó nota de aquello en un gran registro abierto sobre una mesa, al lado de la chimenea.

-Y ahora – dijo lord Arturo, levantándose de la silla – haga el favor de decirme cuánto le debo.

-Es tan poca cosa, lord Arturo, que se lo voy a poner al menor precio posible. La dinamita cuesta siete chelines con seis peniques; la maquinaria de relojería, tres libras, y el porte, unos cinco chelines. Me agrada mucho poder servir a un amigo del conde de Rouvaloff.

-Pero ¿y su molestia, herr Winckelkopf?

-¡Oh, ninguna! Tengo un verdadero placer en ello. No trabajo por el dinero; vivo exclusivamente para mi arte.

Lord Arturo puso cuatro libras, dos chelines y seis peniques sobre la mesa, dio las gracias al alemán por su amabilidad y, rehusando lo mejor que pudo una invitación para entrevistarse con varios anarquistas en un té merienda el sábado siguiente, salió de casa de herr Rouvaloff y se fue al parque.

Los dos días siguientes los pasó lord Arturo en un tremendo estado de agitación nerviosa.

El viernes, a mediodía, fue al Buckingham Club en espera de novedades.

Durante toda la tarde, el criado de servicio en la puerta subió telegramas de todos los rincones del país, con los resultados de las carreras de caballos, de sentencias en asuntos de divorcio, del estado del tiempo y otras informaciones similares, mientras la cinta telegráfica desenrollaba los detalles más fastidiosos sobre la sesión nocturna de la Cámara de los Comunes y sobre un ligero pánico que hubo en el Stock Exchange.

A las cuatro llegaron los periódicos de la noche, y lord Arturo desapareció en el salón de lectura con la Pall Mall Gazette, la Jame's

Gazette, El Globo y El Eco, ante el disgusto del coronel Goodchild, que quería leer el extracto de un discurso que había pronunciado aquella mañana, en el palacio de lord corregidor, con motivo de las misiones sudafricanas y de la conveniencia de tener en cada provincia un obispo negro. Ahora bien: el coronel sentía, no se sabe por qué, una gran animadversión por los Evening News.

Ninguno de los periódicos contenía, sin embargo, la menor mención a Chichester, y lord Arturo comprendió que el atentado había resultado un fracaso.

Fue para él un golpe terrible, y durante algunos minutos permaneció malísimo.

Herr Winckelkopf, a quien visitó al día siguiente, se deshizo en excusas complicadas, comprometiéndose a proporcionarle otro reloj, que pagaría él, o si no, una caja de bombas de nitroglicerina al precio de costo.

Pero lord Arturo no tenía ya ninguna confianza en los explosivos, y herr Winckelkopf reconoció que hoy en día todo estaba tan falsificado que era imposible conseguir hasta dinamita sin adulterar.

Sin embargo, el alemán, aun admitiendo que le mecanismo de relojería podía ser imperfecto, todavía confiaba en que el resorte del reloj se soltase. Citaba, en apoyo de su tesis, el caso de un barómetro que envió una vez al gobernador militar de Odesa, programado para estallar al décimo día. También permaneció imperturbable durante tres años. También era verdad que cuando estalló no hizo añicos más que a una criada, pues el gobernador había salido de la ciudad seis semanas antes. Pero, al menos, aquello demostraba que la dinamita, regida por un mecanismo de relojería, era un agente poderoso, aunque algo inexacto.

Lord Arturo se quedó un poco desconsolado con aquella reflexión, pero hasta en aquello estaba predestinado a sufrir un nuevo desengaño.

Dos días después, cuando subía por la escalera la duquesa lo llamó a un salón y le mostró una carta que acababa de recibir del Deanato.

-Juana me escribe unas cartas encantadoras – le dijo - ; tienes que leer esta última; es tan interesante como algunas de las que nos envía Mudie.

Lord Arturo se la arrebató rápidamente de las manos.

Estaba redactada en los siguientes términos:

“DEANATO DE CHICHESTER”

“Queridísima tía:

“Muchas gracias por la franela para el asilo Dorcas, así como por la guinga que me envió usted.

“Estoy completamente de acuerdo con usted en estimar absurda esa necesidad que tiene de lucir cosas bonitas; pero hoy día todo el mundo es tan radical y tan irreligioso, que resulta difícil hacerles ver que no deben adoptar los gustos y la elegancia de la clase alta. ¡Realmente no sé adonde



vamos a llegar! Como dice papá, a menudo, en sus sermones, vivimos en un siglo de descreimiento.

“Hemos tenido un gran lío con motivo de un relojito, enviado a papá por un admirador desconocido, el jueves pasado. Llegó de Londres, en una caja de madera, y papá cree que se lo ha enviado algún lector de su notable sermón sobre el tema “El libertinaje es igual que la libertad”, pues el reloj está coronado por una figura de mujer con un gorro frigio en la cabeza.

“Yo no encuentro esto muy correcto, pero papá dice que el reloj es histórico. Así es como me figuro que no hay más que hablar.

“Parker desembaló el objeto y papá lo puso sobre la chimenea de la biblioteca.

“Estábamos todos sentados en ese salón el viernes por la mañana, cuando en el preciso momento en que daba las doce el reloj, oímos como un ruido de alas; salió un poco de humo del pedestal de la figura, y la diosa de la Libertad se cayó, rompiéndose la nariz con el borde de hierro de la chimenea.

“María se impresionó mucho, pero fue realmente una aventura tan ridícula, que Jaime y yo estuvimos riéndonos un buen rato. El mismo papá nos imitó.

“Cuando examinamos el reloj, vimos que era una especie de despertador, y que, poniendo la aguja sobre una hora determinada y colocando pólvora y fulminante debajo de un martillo, se producía el estallido a voluntad.

“Papá dijo que era un reloj demasiado ruidoso para estar en la biblioteca.

“Así es como Reggie se lo llevó al colegio, y allí siguió produciendo pequeñas explosiones durante todo ese día.

“¿Cree usted que le gustaría a Arturo un regalo así? Supongo que eso debe de estar muy de moda en Londres.

“Papá dice que estos relojes sirven para hacer un bien, ya que enseñan que la libertad no es duradera. Y que su reino debe terminar en un desmoronamiento. Papá dice que la libertad fue inventada en tiempos de la Revolución francesa. Parece algo terrible.

“Voy a ir a casa de los Dorcas y les pienso leer su carta, tan instructiva. Qué verdadera es, tía, su idea de que en la vida querrían llevar lo que no corresponde a su clase ni les sienta bien. Yo creo, además, que su preocupación por la vestimenta es inverosímil, teniendo tantas otras importantes preocupaciones en este mundo y en el otro.

“Me alegro mucho de que su papalina floreada siga tan bien, y de que su encaje no se rompa. El miércoles llevaré a casa del obispo el raso amarillo que tuvo usted la amabilidad de regalarme, y creo que llamará la atención.

“¿Tiene usted lazos, tía? Jennings dice que ahora todo el mundo lleva lazos, y que los petos se hacen con chorreras.

“Reggie acaba de asistir a una nueva explosión. Papá ha mandado llevar el reloj a la cuadra. Me parece que papá no aprecia ese reloj tanto como al principio, aunque lo conmueve mucho haber recibido un regalo tan bonito y tan ingenioso. Eso demuestra que se leen sus sermones y que sirven de enseñanza.

“Papá le envía cariños, así como Jaime, Reggie y María, que confían en que el tío Cecilio estará mejor de su gota.

“Ya sabe usted cuanto la quiere su sobrina.

Juana Percy.

“P.S. –Contésteme sobre lo de los lazos; Jennings asegura firmemente que están de moda.

Lord Arturo releyó la carta con aire tan serio y desdichado, que la duquesa comenzó a reírse.

-¡Mi querido Arturo – le confesó, no te vuelvo a leer una carta de Juana! Pero ¿qué debemos pensar de ese reloj? Me parece un invento verdaderamente curioso, y me gustaría tener uno similar.

-No tengas una gran confianza en esos relojes – dijo lord Arturo con su melancólica sonrisa.

Y después de besar a su madre, salió de la habitación.

Al llegar al final de la escalera se desplomó sobre un sillón, con los ojos llenos de lágrimas.

Había hecho cuanto podía por cumplir con su destino, pero fracasaron sus tentativas por dos veces, sin que él tuviese que ver. Intentó cumplir con su obligación, pero parecía que el Destino lo traicionaba.

Estaba conmovido por el sentimiento de la esterilidad de sus buenas intenciones, de la inutilidad de sus esfuerzos en un acto tan digno.

Tal vez hubiera valido más romper su compromiso con Sibila. Sufiría, eso sí, pero el sufrimiento no podía aniquilar un temperamento tan noble como el de ella.

En cuanto a él, ¡qué interesaba! Siempre hay una guerra en la que un hombre puede hacerse matar, o una causa por la cual puede dar su vida, y si la vida no resultaba placentera para él, la muerte no lo intimidaba.

¡Que el Destino dispusiese de él a su gusto! No haría nada por evitarlo.

A las siete y media se arregló y se fue al club. Allí estaba Surbiton con un grupo de jóvenes, y lord Arturo se vio en la obligación de cenar con ellos. Su frívola conversación, sus gestos exaltados no le interesaban, y en cuanto sirvieron el café los dejó, inventando la excusa de un compromiso para explicar su fuga.

Cuando salió del club, el mayordomo en la puerta le entregó una carta.

Era de herr Winckelkopf, que lo invitaba a ir al día siguiente a ver un paraguas explosivo, que estallaba al abrirse. La última palabra de los inventores. El paraguas acababa de llegar de Ginebra.

Lord Arturo rompió la carta en pedacitos. Estaba decidido a no recurrir a nuevos intentos.

Luego se fue a deambular a lo largo de los muelles del río Támesis, y durante varias horas permaneció sentado a orillas del río.

La luna asomó a través de un velo de nubes rojizas, como un ojo de león entre una melena, y un sinnúmero de estrellas cubrieron de lentejuelas el abismo de los cielos como un polvillo dorado extendido sobre una cúpula purpúrea.

De cuando en cuando, un barco se balanceaba sobre el río oscuro y continuaba su viaje, siguiendo la corriente.

Las señales del ferrocarril, primero verdes, se volvían rojas a medida que los trenes atravesaban el puente con agudos silbidos.

Al poco rato sonaron las doce de la noche, con un ruido sordo, en la torrecilla de Westminster, y la noche pareció vibrar a cada golpe de la sonora campana.

Después se apagaron las luces de la vía. Una luz solitaria siguió brillando, cual un gran rubí, sobre un gran poste, y el rumor de la ciudad fue durmiéndose.

A las dos, lord Arturo se levantó y estuvo paseando al azar hacia Blackfriars. ¡Qué irreal, qué parecido a un sueño extraño o pesadilla le parecía todo!

Al otro lado del río las casas semejaban surgir de las tinieblas. Hubiérase dicho que la plata y la sombra recreaban el mundo.

La enorme cúpula de San Pablo se vislumbraba como un globo en la atmósfera negruzca.

Al acercarse a la Aguja de Cleopatra, lord Arturo vio un hombre asomado al parapeto, y cuando llegó, la luz del farol, que caía de lleno sobre el rostro, le permitió reconocerlo.

Era mister Podgers.

El rostro carnoso y arrugado, las gafas de oro, la débil sonrisa enfermiza y la boca sensual del quiromántico eran inconfundibles.

Lord Arturo se detuvo.

Una idea repentina se le cruzó como un relámpago.

Se dirigió con sigilo hacia mister Podgers.

En menos de un segundo lo tomó por las piernas y lo arrojó al Támesis.

Un insulto, el ruido de un chapoteo y nada más.

Lord Arturo observó con preocupación la superficie del río, pero no pudo ver ya más que el sombrerito del quiromántico, que giraba en un remolino de agua plateada por la luna. Unos minutos más tarde, el sombrero se hundió a su vez, y ya no quedó ninguna huella visible de mister Podgers.

Hubo un momento en que lord Arturo creyó ver una silueta gruesa y deforme, que se precipitaba hacia la escalerilla cercana al puente, pero en

seguida se agrandó el reflejo de aquella imagen y cuando volvió a salir la luna, después de abrirse paso entre las nubes, desapareció definitivamente.

Entonces le pareció haber cumplido los mandatos del Destino. Lanzó un profundo suspiro de alivio, y el nombre de Sibila subió a sus labios.

-¿Se le ha caído algo en el agua? – dijo de pronto una voz a su espalda.

Se dio vuelta bruscamente, y vio a un policía con su linterna redonda.

-Nada que valga la pena – contestó sonriendo, y tomando un coche que pasaba, pidió al cochero que lo llevase a Belgrave Square.

Los días siguientes al suceso se sintió alegre y preocupado, alternativamente.

Había instantes en que casi esperaba ver entrar a mister Podgers en su habitación, y, sin embargo, otras veces comprendía que la fortuna no podía ser tan injusta con él.

Fue dos veces a la casa del quiromántico, mas no pudo decidirse a tocar el timbre.

Deseaba con toda su alma tener una prueba indudable, y a la vez, la temía.

Y, por fin, llegó.

Estaba sentado en el salón de fumar del club y tomaba el té, oyendo con cierto aburrimiento a Surbiton, que le contaba la última opereta de la Gaité, cuando el mayordomo le trajo los periódicos de la noche.

Tomó la Saint-James Gazette y estaba hojeándola distraídamente, cuando de pronto, sus ojos se detuvieron en este título singular:

## SUICIDIO DE UN QUIROMANTICO

Palideció de emoción y comenzó a leer.

La nota estaba redactada en los siguientes términos:

“Ayer mañana, a las siete, fue encontrado el cuerpo de mister Septimus R: Podgers, el famoso quiromántico, devuelto por el río, en la ribera de Greenwich, frente al Hotel Ship.

“Este pobre señor desapareció hace unos días, y en los centros quirománticos sentíanse grandes inquietudes respecto de su paradero. La opinión general es que se suicidó debido a un trastorno momentáneo de sus facultades mentales, producido por una labor excesiva, y el jurado del coroner ha emitido, en efecto, veredicto de conformidad esta tarde.

“Mister Podgers había finalizado un tratado completo sobre la mano humana. Esta obra se publicará a la brevedad y ha de suscitar, sin duda alguna, un gran interés.

“El difunto tenía sesenta y cinco años y, según parece, no ha dejado familia.”

Lord Arturo huyó del club, con el periódico en la mano, ante la gran estupefacción del portero, que intentó inútilmente detenerlo.

Corrió a través de Park Lane.

Sibila, que estaba en la ventana, lo vio llegar, y algo pareció decirle que traía buenas noticias. Corrió a su encuentro y, al mirarlo a los ojos, comprendió que todo marchaba bien.

-Mi querida Sibila – exclamó lord Arturo -, ¡casémonos mañana!

-¡Qué chiquillo loco! ¡Y la torta de bodas que está sin encargar! – replicó Sibila, riéndose en medio de sus lágrimas.

## VI

Cuando se celebró el matrimonio, unas tres semanas después, San Pedro se llenó de una multitud de personas de la más elevada alcurnia.

Ofició, de un modo conmovedor, el deán de Chichester, y todo el mundo reconoció que no había visto nunca pareja tan admirable como la que formaban los novios.

Eran todavía más que hermosos: eran felices.

Nunca sintió lord Arturo lo que había sufrido por amor a Sibila, mientras ella, por su parte, le daba lo mejor que puede dar una mujer a un hombre: el respeto, la ternura y el amor.

En su caso, la realidad no mató el amor. Conservaron siempre la juventud de sus sentimientos.

Algunos años después, cuando nacieron dos hermosos niños, lady Windermere fue a visitarlos a Alton Priory, antigua y querida mansión, regalo de bodas del duque a su hijo, y estando sentada una tarde con Sibila, debajo de un tilo, en el jardín, mirando al niño y a la chiquilla que jugaban escondiéndose por la rosaleta, como dos pequeños rayos de sol, tomó de pronto las manos de la dueña de casa, y le dijo:

-¿Es usted feliz, Sibila?

-¡Sí, mi querida lady Windermere, soy feliz! ¿Y usted, lo es?

-No tengo tiempo de serlo, Sibila. Amé siempre al último que me presentaron; pero, generalmente, en cuanto reconozco bien a cualquiera de ellos, me aburro.

-¿No la entretienen ya sus leones, lady Windermere?

-¡Oh amiga mía, los leones no sirven más que para una temporada! En cuanto se les corta la melena se convierten en los seres más molestos del mundo. Además, si se porta una cariñosamente con ellos, se comportan ellos, en cambio, muy mal con usted. ¿Recuerda usted a aquel horrible mister Podgers? Era un gran impostor. Como es natural, al principio no me di cuenta; y hasta cuando tuvo necesidad de dinero, se lo di; pero no podía yo tolerar que me hiciese la corte. Me ha hecho realmente odiar a la quiromancia. Ahora mi debilidad es la telepatía. Resulta mucho más divertido.

-Aquí no puede hablarse mal de la quiromancia, lady Windermere. Es la única materia de la cual no le gusta a Arturo que se rían; ¡le aseguro a usted que no soporta burlas sobre este punto!

-¿No querrá usted decirme, Sibila, que lord Arturo cree en ella?

-Pregúnteselo usted y verá, lady Windermere, aquí viene.

Lord Arturo venía, en efecto, por el jardín, con un gran ramo de rosas amarillas en la mano y sus dos hijos jugueteando a su alrededor.

-A sus órdenes, lady Windermere.

-¿Se atreverá usted realmente a decirme que cree en la quiromancia?

-Claro que sí – dijo el joven sonriendo.

-¿Y por qué?

-Porque le debo toda la dicha de mi vida – murmuró acomodándose en un sillón de mimbre.

-¿Qué quiere usted decir con eso, amigo mío?

-Pues que Sibila se la debo a la quiromancia – contestó, ofreciéndole las rosas a su mujer y mirándose en sus ojos azules.

-¡Que tontería! – exclamó lady Windermere - . ¡No he oído en mi vida una tamaña ridiculez!

**El presente libro ha sido digitalizado por la voluntaria Maria Haydee Escalada.**

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

